

El décimo arcano

Víctor Pliego

Se hundan barcos, se caen aviones, chocan los trenes, se estrellan automóviles, hay inundaciones, crímenes, parricidios, enfermedades misteriosas, sorpresas, catástrofes y accidentes insólitos. La televisión ofrece noticias puntuales y minuciosas de todos ellos con las cámaras escudriñando entre los restos aún humeantes, entre los cadáveres y el dolor. De todos los accidentes que ocurren, la vida es más tremendo, persistente y asombroso.

Tras la caída de los dioses, la ciudadanía dirige sus plegarias al pelele de turno que empuña el timón. Aunque solo sea dueño de sus renunciaciones y concesiones, está condenado a llevar siempre una máscara de éxito con sonrisa de hiena. Su poder es fingido y los hechos terribles lo superan. Por eso, para mantener la ilusión de su imperio, se esmera en manipular las fantasías: la imaginación consigue lo que las fuerzas no pueden. Su delirio imputa cualquier éxito propio o ajeno a su simulado genio administrativo y atribuye las desgracias a las fuerzas del mal, a los enemigos envidiosos, al parecer, de sus triunfos.

Los caudillos y el azar están reñidos porque son hijos del mismo padre, el Caos, y disputan por heredar el control o, al menos, la imagen del mundo. La marea de sucesos que inunda las informaciones (sólo superada por las crónicas de la vida frívola) parecía destinada a narcotizar a las audiencias alimentando miedos, pero además de temor despierta un fiero descontento. El resentimiento se vuelve contra los próceres que tan alegremente se atribuyen una autoridad incontestable pero que son incapaces de salvar a sus súbditos de las catástrofes generales o domésticas, que no saben explicarlas y que ni siquiera son capaces de aliviarlas o dar consuelo.

El azar guía al destino por la senda de su lógica irresistible. La Rueda de la Fortuna siempre gira, alzando y hundiendo reyes, esclavos o bestias ante la mirada de la esfinge. *O Fortuna, velut luna statu variabilis, semper crescis aut decrescis.*